

LECTURAS

Un hombre y su territorio

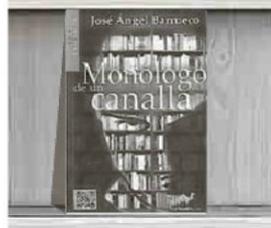
La verdad de José Ángel Barrueco en Monólogo de un canalla



ANA VEGA

Confieso, como lectora, sentir cierta aprensión y rechazo por las lecturas que ofrecen violencia verbal o física, algo instintivo me protege de este encuentro que en otras parcelas de nuestra vida resulta más difícil evitar o eliminar. Me acerco, por tanto, a este libro con extremo cuidado. Me puede la curiosidad y cierta obligación moral de leer e indagar más en un autor que no defrauda, ni miente ni engaña. José Ángel Barrueco, poeta, novelista, articulista y trabajador incansable, presenta ahora la reedición de su novela **Monólogo de un canalla**.

Esa verdad tan característica en Barrueco nos resulta incómoda, pues no nos gusta demasiado reconocernos en ella. Ésta es la historia de un hombre cualquiera, o un canalla cualquiera, que ofrece un detallado análisis de todas y cada una de las razones que le conducen a convertirse en esta especie de animal herido que golpea antes de ser golpeado. Un hombre que conoce su verdad y ejerce su propia moral, un hombre sincero consigo mismo, una sinceridad que se convierte en la otra cara de una severa crueldad y falta de empatía. Un hombre que demuestra con extraños métodos y prácticas el amor por su mujer o su personal pertenencia. Un hombre que posee no obstante su propio credo: «¿Qué sentimientos e inquietudes alberga el núcleo del alma de un hombre sometido al designio de sus propias razones cuando las leyes de la sociedad y la injusticia adaptan a su conveniencia para humillar y someter a un distinguido, a un ciudadano a quien se le imputan una serie de horrores que su misma conciencia dicta como naturales y son ejecutados como actos lógicos?». La atmósfera es pesada y densa, cercana a Sábato. Barrueco



Monólogo de un canalla
JOSÉ ÁNGEL BARRUECO
EDICIONES NOWTILUS, MADRID, 2012
107 páginas

plantea diversas reflexiones, indaga, cuestiona nuestra moral y sacude una hipocresía latente, dónde se encuentra el límite y quién dicta las normas, dónde el bien y dónde el mal, dónde el origen de este último. Podemos reconocer el discurso de este hombre y también seguir su pista en voces que conocemos, que sentimos próximas: «¿Y qué hacen todos los grandes hombres del mundo –ya que a los pequeños o miserables o a aquellos cuya altura de rango o cuya magnificencia es ínfima y no poseen la carga simbólica de un dictador clásico o moderno, entre los que me catalogo, en esa clase de individuos a los que la sociedad desprecia y que son tan diminutos en la tierra como una hormiga, que no les es permitido, no nos es dada la gracia y la inmunidad para trazar nuestro propio territorio–, qué hacen esos seres extraordinarios para conseguir sus propósitos si no es matar, robar, dedicarse al engaño, la falacia más burda o el salvajismo más espeluznante?». ¿Por qué nos sorprende entonces encontrarnos cara a cara con el horror que nosotros mismos hemos creado y practicamos cada día?

Barcelona, años sesenta: una novela para el premio «Nadal»

Estaba en el aire, de Sergio Vila-Sanjuán, y la tendencia declinante de lo que fue un gran galardón



FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

No se puede ni se debe andar llorando toda la vida porque el premio «Nadal» ya no sea el que era: el más prestigioso que se concedía en este país, el que descubría autores, el único de importancia monetaria que no estaba encargado y adjudicado de antemano (tal y como era fama). Lo ganaron Carmen Laforet, Delibes, Cunquero, García Pavón, Dolores Medio, Sánchez Ferlosio, Martín Gaité, Ana M.ª Matute, Ramiro Pinilla, Jesús Fernández Santos, Guerra Garrido, Gómez Ojea, Arrabal, Saer, Vicent, Rosa Regás, Millás, Lorenzo Silva, Maruja Torres... y otros de cuyo nombre nadie se acuerda, y hasta Álvaro Pombo. Ahora, me temo, se ha convertido en un premio más: muy bien pagado y con conexión en directo de la tele, pero un premio más, que el horno literario no anda para bollos experimentales y riesgos empresariales. Es decir, un premio en el que se encuentra, de vez en cuando, una buena novela y, otras muchas, una novela a la que pronto cubrirá el olvido, escrita acaso a la trágala. Es lo que hay. Este año el ganador ha sido Sergio Vila-Sanjuán (Barcelona, 1957), periodista, coordinador del suplemento cultural de «La Vanguardia». Si ustedes quieren leer eso que antes se llamaba «un fresco social» de la Barcelona de los años sesenta, escrito sin pretensión alguna de alto estilo, realista y sin complicaciones argumentales, aquí tienen su novela.

El propio Vila-Sanjuán explica su motivación en esas páginas finales («Justificación y agradecimientos») que ya parecen indispensables en cualquier obra que se precie, pues la moda anglo manda, para demostrar que uno tiene buenos y muchos amigos que le echan una mano docta al escribir: «Estaba en el aire» tiene su origen en las historias de empresa y de vida social barcelonesa que escuchaba en

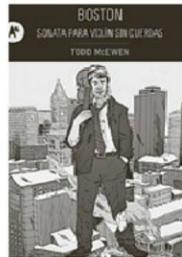
casa durante mi infancia y adolescencia». Es decir, aquellos años del desarrollismo franquista, los burgueses catalanes y sus negocios y negocietes, los habituales enredos de bragueta, la casita en la Costa Brava, la miseria del Somorrostro, un obrero «concienciado», la radio omnipresente con un programa estrella en el que se buscan personas desaparecidas (y que será clausurado, a pesar de su enorme éxito, por sus muchas referencias a «desaparecidos» durante lo que aún se llamaba «Guerra de Liberación»); un fresco social. Las desgracias personales y éticas de una mujer, los codazos en las redacciones periodísticas, los rícachones que están a la que salta, la modesta vida de un obrerete que fue niño de la Guerra: ésos son los hilos conductores para que el relato fluya, se deje leer bien (mucho diálogo, poco significativo, nada enredoso) y el lector cierre la novela con la satisfacción de haberse dado un paseo nada pesado por la Barcelona «a principios de los años sesenta». Además, para los barceloneses capitalinos será, sin duda, una obra en clave, lo que tanto anima las tertulias tratando de discernir si el Mengano de la novela es el Zutano de la realidad real, si doña Fulanita es un trasunto de otra doña Fulanita. Bien está, pues.

Pero ¿por qué no hacerse unas cuantas preguntas literarias siguiendo el aire de esta novela, de este último premio «Nadal»? Tal vez baste con tan sólo dos: ¿por qué se escriben novelas como si estuviésemos aún en el siglo XIX (es posible que a él estemos volviendo, claro), como si a los grandes maestros de la novela posterior al realismo y al naturalismo no les hubiesen seguido los Proust, los Joyce, los Faulkner, los Kafka, los Conrad, como si, incluso, Dostoyevski o Henry James no hubieran existido? O sea: ¿qué pasa con la perspectiva, el punto de vista, las voces narrativas en tantas y tantas novelas que parecen sacadas de una antesteria del XIX más XIX y más menor, permitásemela la licencia expresiva? La segunda cuestión: ¿por qué han desaparecido o

La brújula. POR EUGENIO FUENTES

Cáustico, desbocado y a la sombra de Thoreau

Californiano instalado en Escocia desde 1981, Todd McEwen (1953) consiguió general reconocimiento cuando, el año de su mudanza transatlántica, dio a la luz esta novela cáustica y desbocada que ahora publica en castellano Automática, editorial de selecto catálogo cuyos impulsores, está claro, además de buscar, encuentran. **Boston. Sonata para un violín sin cuerdas** puede leerse al menos de dos maneras. Primero, como una disparatada, y muy humana, sucesión de delirantes situaciones, narradas con tal desinhibición formal que sitúan al lector al borde del ataque de risa suicida. Después, como un homenaje a Thoreau y Emerson, apóstoles del trascendentalismo, cuya sombra planea sobre la obra y es llevada a sus últimas conclusiones. Todo empieza cuando un hombre normal sale de excursión, se encuentra con el fantasma de Thoreau, resbala en una laguna helada y, como un Pablo descabalgado, se ve inmerso en un sinfín de embrollos que lo colocan al límite. Risa a espuertas y lúcida reflexión a lomos de un lenguaje irrefrenado.



Boston. Sonata para un violín sin cuerdas
TODD MCEWEN
Traducción y notas Enrique Maldonado Roldán
Automática
304 páginas. 19,90 euros

Chéjov: tuberculosis, amor y cambios sociales

Que Chéjov (1860-1904) veía la literatura más como una amante que como una esposa legítima, papel que reservaba a la medicina, es cuestión que, además de poder leerse en cualquier repertorio de citas, han percibido en toda su intensidad los lectores de sus cuentos o los espectadores de sus grandes dramas.

Este mimo no desemboca, sin embargo, en espasmódicas grandilocuencias sino en la voluntad de rendirse a la más concisa precisión al abordar los asuntos, más satíricos en los primeros años, más desolados y realistas en su joven madurez. **Flores tardías** (1882), relato largo con hechuras de novela corta, muestra la profunda comprensión que desde muy joven tuvo Chéjov de las claves de la sociedad rusa. En sus páginas, la rampante burguesía descendiente de siervos, representada por el médico Toporkov, se cruza con la decadente aristocracia, encarnada en la joven Marusia, sobre un fondo de libertinaje, tuberculosis y amores sin declarar. Ágil radiografía social resulta en fulgores de espíritu.



Flores tardías
ANTÓN CHEJÓV
Traducción de Sergio González Ivánov
Rey Lear
96 páginas
9,80 euros